

[Guillermo Carmona Rodríguez](#)



Cuando niño varié tantas veces lo que quería ser cuando fuera grande, como en ocasiones vaticinaron nuestros economistas que el PIB de Cuba iba a crecer. De tanto gustarme la serie [CSI](#), quise convertirme en técnico forense y descubrir criminales gracias a la ciencia; pero después de unas ocho temporadas de [Tras la huella](#) creo que aquí se emplean otros métodos más del tú a tú, del dime que te diré, que algún aparato o técnica.

En la primaria, un día nos llevaron por un círculo de interés –no sé si aún existan o si se ha perdido el interés en ellos– a una estación de bomberos, y nos permitieron lanzarnos por el tubo que bajaba desde los dormitorios donde se ubicaban los carros y, mientras me deslizaba, imaginé que pateaba una puerta para rescatar a una familia en medio de las llamas con mi mejor pose de superhéroe. Ya adulto, pude entablar amistad con algunos de ellos y me percaté de que la heroicidad a veces no resulta tan épica como aparenta.

En otro período me decanté por la medicina, pero mis padres, ambos doctores, me repetían una y otra vez que para ser bueno ahí había que estudiar toda una vida, y a mí nunca me agradó hacer tareas. Me iba a

aburrir a morir, si ya con las fracciones y los verbos irregulares lo hacía.

No obstante, eso sucedió dos décadas atrás y habitábamos “otro país”; es decir, el mismo, pero aquí de un año a otro todo cambia, como si la Isla caimán mudara de piel una y otra vez. Por ello, en estos días me he puesto a reflexionar qué querrán ser cuando crezcan los infantes de esta generación, que aprenden a cacharrear un teléfono antes de ir al baño solos.

Tal vez alguno de ellos quiera convertirse en el dueño de un bar y moverse entre botellas de brandy y curacao, con camareras hermosas que trabajen para él con uniformes ceñidos al cuerpo, porque el alcohol y la sexualidad velada constituyen un buen coctel. Además, cuando el del fisco visite su establecimiento, podrá exclamar como Humprey Bogart en *Casablanca*, por qué de todos los bares del mundo tuvo que entrar en el mío.

Lea también: [Crónica de domingo: Ahí estoy, asere, sobreviviendo](#)

A lo mejor, decida regentar un lugarcito de estos que puedes hallar en la sala de una casa o en un portal o en un garaje, de los que se han transformado en las nuevas *shoppings*. Las viejas se encuentran ahí todavía, pero, parafraseando a Martí, si me topo con el color de esa moneda allí, no puedo entrar; en otras, a través de las vidrieras, solo contemplas los estantes de aluminio vacíos como las espinas de inmensos peces. Entonces, ellos se apropiarían de ese filón y venderían la jaba de pan a 250 pesos y el refresco Zuko a 70 el paquetico, para que no te atores con tanta harina.

También siempre queda la opción de crear su propio emprendimiento, si desde pequeños fueron creativos, el dibujo se les daba bien o en corte y rasgado obtuvieron Excelente con estrellita en preescolar, entonces en un futuro podrían, no sé, fabricar sus propios pulsitos o collares, y luego venderlos en alguna plaza pública de la ciudad, o pintar esos lienzos que ya se han vuelto parte de nuestra identidad corporativa, como país de almendrones y mulatas vestidas a la usanza del siglo XIX con su tabaco ladeado en la boca.

Si por alguna casualidad poseen un pensamiento más humilde y no sueñan a lo grande, siempre podrían convertirse en carretilleros y ofertar coles como si fueran coronas de emperadores o ajíes cachuchas como pepitas de oro, como las que los españoles nunca encontraron en nuestros ríos. Así podrían deambular libres, con su carromato, como gitanos tropicales y urbanos.

Otra opción consistiría en convertirse en boteros –aunque, si los

precios del combustible continúan en aumento, ahorita por las avenidas volverán a transitar quitrines y carruajes, y entonces serán caleseros o carretoneros—, e ir de aquí para allá en su motocicleta o automóvil, libres como el viento a sabiendas de que el hombre no puede ni quiere quedarse en el mismo lugar a pesar de que el ascenso de los costos se mueva más aprisa que un motor de combustión.

Más allá de la sátira o el chucho de este texto, creo que siempre quedarán aquellos que quieran ser médicos o maestros o ingenieros, porque todas las profesiones u oficios son hermosos si nos sentimos a gusto en ellos. Déjenme aclarar, antes de que alguien salte, que las alternativas mencionadas en los párrafos anteriores resultan tan dignas como cualquiera. A veces, las vocaciones con el billete no coinciden y las orientaciones profesionales deben desviarse por los cierres de carretera de la economía; mas, igual te pregunto: ¿qué quisiste ser de niño y si pudiste cumplir tu sueño?